

## Espejismo.

A través de un cúmulo de nubes fluorescentes, la luz del atardecer salpica la vasta claraboya del Sector Ciento Dos; una sucesión de titilantes líneas rectas - algunas, en brillantes tonos púrpura. Otras, verdes como musgo digitalizado. Todas ellas, matemáticamente delineadas - serpentean a lo largo y ancho del polvoriento cristal, sedando con su parpadeo a los trabajadores que, desde el interior de La Fábrica, se ven incapaces de apartar la vista del horizonte. Un horizonte escayolado y virginal.

Un horizonte inusualmente esterilizado.

Todos saben que algo está a punto de suceder. Un milagro. Un regalo que, gracias a unos gramos de suerte y a una secuencia de inexplicables perturbaciones físicas, es visible exclusivamente durante unos minutos cada dos o tres generaciones.

Un Espejismo Retroactivo.

Junto a los vestigios de un primitivo tren subterráneo - hongos del desierto creciendo a la sombra de placas de metal herrumbroso; un famélico jardín de hierro y radares muertos - comienza a observarse una tormenta de átomos que se cohesionan entre sí, formando una sucesión de figuras rectangulares. Lenta y vaporosamente, los tonos neón del crepúsculo dejan paso a una sucesión de destellos cálidos, sutiles, casi pastel. A modo de diorama encerrado bajo una burbuja de hielo y escarcha, tres (cuatro, cinco, ocho) casas dolorosamente limpias y perfectas nacen de la nada, resultado de ese vendaval químico.

Los párpados de todos y cada uno de los operarios, ensambladores, e ingenieros se abren; aturdidos y cautivados, se olvidan de parpadear. Se olvidan de cada tornillo, cable coaxial y molde para órganos que desfila frente a ellos, balanceándose tímidamente en las cintas transportadoras. Se olvidan de la ceniza que hincha sus estómagos e intestinos. Del tedio, los colapsos y la urticaria.

Se olvidan, incluso, del hecho - crudo e imperturbable - de que su pausa, su (casi) absoluta inmovilidad, está permitiendo que los tentáculos del viejo leviatán se extiendan irremediablemente. Unos tentáculos óseos, rígidos, como liquen pedregoso. Aquello que siempre dormita entre tuberías y tierra batida, bajo los estratos de cemento que constituyen el suelo de La Fábrica, ve ahora su oportunidad para reclamar aquello que dice ser suyo. Gradualmente, el manto de coral está volviendo a conquistar un terreno perdido años atrás, masticando cada centímetro con gula y rencor.

Más allá del yermo, bajo una algodonosa cúpula vítrea, la ilusión óptica continúa creciendo.

Tres parejas caminan cerca de un extenso seto, impecablemente recortado. Dos de ellas comen manzanas de caramelo. El tibio resplandor de un mediodía simulado les acaricia la piel, al tiempo que impulsa el crecimiento de docenas de hermosas flores absurdamente bellas y variadas. Una familia, embutida en divertidos uniformes veraniegos - toalla esperpéntica incluida - abandona uno de los hogares y se monta en un coche incapaz de excretar humo.

No existe el ácido carbónico ni el hollín. No allí.

Aspersores que rocían diminutos arcoíris encerrados en el interior de cada gota de agua. Vallas recién pintadas. Perros que dormitan sobre un césped perpetuamente recortado. Periódicos aun fabricados con papel de primera calidad. Tumbonas. Vasos eternamente fríos, sujetados por manos eternamente sedosas.

A escasos centímetros de uno de los rodillos hidráulicos, el rencoroso arrecife, teñido de un pálido tono rosáceo, se alimenta del silencio y la serenidad. La ausencia de movimiento, el vacío, la quietud, no son más que sagrado queroseno para él - ella. ello. -. Únicamente la frenética e inagotable actividad puede entumecer temporalmente los movimientos de esta plaga obstinada.

Y es a causa de ese castigo, nacido bajo las tierras baldías e indiferentes sobre las que se alza La Fábrica, que ésta vive condenada a producir más y más piezas para El Centro, día y noche. Piezas que mantengan vivas y en movimiento sus arterias obstruidas, sus ventanales, sus rosaledas sintéticas y sus sistemas de suministro eléctrico. Piezas que alimenten cada nuevo globo aerostático, cada nuevo fusible, cada nuevo quirófano y cada nueva cámara de vigilancia. La ciudad, como un niño hambriento y quebradizo, un niño mórbido que no deja de crecer sin haberlo pedido, agita sus extremidades, reclamando más cobre. Más zinc. Más polietileno. Más carne. Más sacudidas eléctricas.

Odiando aquello que le mantiene vivo. Aquello que le obliga a expandirse, a elevarse, a hacinarse entre sus muros.

Y todos saben que, de no darle lo que quiere, esa misma ciudad se hundirá, saturada, bajo el peso de sus propios engranajes. Sin vuelta atrás. Y el Coral reirá. Reirá patética y cacofónicamente, sabiendo que al final su paciencia dio frutos. Cubriendo cada viga y cada muro de carga con sus apéndices porosos. Como un Dios Arcano que, por fin, ha labrado su venganza ante unos pecados que nadie comprende y ante los cuales nadie ha tenido nunca la oportunidad de redimirse.

Bajo el falso sol de primavera, un padre y un hijo juega al baloncesto junto a la puerta de su garaje. Sus mejillas, translucidas como una hoja de papel sulfurizado, flotan en el aire.

Etéreas. Incorpóreas.

Únicas.